

9

PEQUEÑA, Y BREVE COMEDIA,  
 TITULADA,  
**LANCES DE AMOR,**  
**DESDEN Y CELOS.**

Fácil de executar en cualquier casa particular por  
 no tener mas que tres personas.

SU AUTOR D. ANTONIO FURMENTO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

FLERIDA, Dama. FLORISTO, Galan. ORMINDO, Gracioso.

NA 1071164  
 NEA 1616679



JORNADA PRIMERA.

*Sale Flérida, y Floristo deteniéndola.*

*Flor.* Detente, Flérida hermosa,  
 no mas fiera que las fieras  
 pretendas acreditar  
 aquel antiguo problema,  
 de que son siempre contrarias  
 la piedad, y la belleza.

*Fler.* ¿Qué pretendes, dí, Floristo,  
 quando sabes que tus quejas  
 no han de lograr en mi pecho  
 la insinuacion mas pequeña?  
 ¿No estás ya desengañado  
 con bien repetidas pruebas,  
 que al hechizo de tu amor  
 soy áspid, que con cautela,  
 por librarme de su encanto

cierra al conjuro la oreja?  
*Flor.* Aunque á pesar del dolor,  
 que tu ingratitude me cuesta,  
 sé que quererte ablandar  
 es ablandar una peña:  
 con todo, al mirar que muero  
 de tu amor á la violencia,  
 por postrer favor te pido  
 que compasiva me atiendas.

*Fler.* Dí; pero cree es en vano  
 querer que mi desden tuerza.

*Flor.* Aunque no espere el alivio,  
 que tus desdenes me niegan,  
 hecha primero la salva,  
 de que no será vileza

*Lances de amor, desden y celos.*

referirte los servicios,  
 que en ocasiones diversas  
 pudo ofrecerte mi amor,  
 al ver que solo me mueva  
 á decirlos, el querer  
 ofrecer á tu belleza,  
 mas que despreciar, despues,  
 que de mí dé fin mi pena,  
 escúchame atenta.

*Fler.* Sigue;

pero rendirme no temas.

*Flor.* Queriendo el Dios del Amor  
 que su poder se establezca,  
 y que ninguno se exima  
 de sus penetrantes flechas;  
 de una tarde se valió,  
 que de la ciudad de Creta  
 que es patria mia, salí  
 á divertir mi tristeza  
 en la laboriosa caza,  
 símbolo fiel de la guerra:  
 Deseando del Sol huir  
 las rutilantes centellas,  
 con que aquella tarde quiso  
 hurtar de la primavera  
 las verdes flores que mayo  
 dexa al estío por prenda,  
 en una selva frondosa  
 me embosqué, para que fueran  
 sus verdes hojas alivio  
 del calor que me molesta.  
 Apenas tomé descanso,  
 toda mi quietud altera  
 un ciervo, á quien un harpon,  
 rémora de su carrera,  
 hizo que muy mal herido,  
 fuese de mi acierto presa.  
 Contento con el trofeo  
 quise luego dar la vuelta,  
 quando una voz lastimosa

inmóvil peña me dexa;  
 y aquí fué donde el amor  
 empezó á urdir mi tragedia.  
 Apliqué atento el oido,  
 y escuché, que entre las breñas  
 te quexabas ofendida  
 de una bárbara violencia.  
 Siendo mi norte tu voz,  
 llegué con planta ligera  
 al parage donde estabas  
 entre lastimosas quejas  
 en manos de tres villanos,  
 que con aleve cautela  
 pretendian de tu honor  
 eclipsar la luna tersa.  
 Irritado justamente  
 de que haya quien se atreva  
 á barbaridad tan rara,  
 como querer con violencia,  
 que lo que al ruego le toca,  
 lo haya de pedir la fuerza,  
 echando mano al acero,  
 fuí tan pronto en tu defensa,  
 que aunque los tres se juntaron  
 para hacerme resistencia,  
 no pudieron evitar  
 la bien merecida pena,  
 que con su suerte escribió  
 su infame sangre en la arena.  
 Desmayada de este susto,  
 estatua de jaspero tersa,  
 te creyeron mis temores,  
 por lo que con ligereza  
 de un arroyuelo cercano  
 cogí las líquidas perlas,  
 que al contacto de tu rostro  
 lo fueron luego de veras.  
 Te cobraste en tus sentidos,  
 para que yo los perdiera;  
 pues en este instante Amor

con los arcos de tus cejas,  
con los rayos de tus ojos  
vibró á mi pecho centellas,  
labró para mi alvedrió  
cadenas de oro en tus trenzas.  
Tus bellas niñas mostraron  
placenteras, y risueñas  
el contento que les daba  
ver desecha la tormenta  
de sus viles agresores  
al impulso de mi diestra:  
VÍ por un blanco cendal,  
que era del invierno esfera  
en lo cándido tu pecho,  
aunque tus mexillas bellas  
en varias flores mostraban  
repetidas primaveras;  
pero habiendo entre las dos  
bien fundadas competencias  
de hermosura, tu nariz  
ajustó la diferencia,  
diciendo: callad vosotras,  
pues lo hago siendo mas bella.  
Esperanzas de piedad  
me dió una risa alhagüeña;  
pero al ver rojos claveles  
pue por tus labios descuellan,  
amor, dixé, mal estamos,  
pues vemos señas de guerra;  
y no me engañó el concepto,  
pues cobrada te ví apenas  
del pasado desaliento,  
quando sin que agradecieras  
el haberte libertado  
de la tyrana violencia,  
ni el mirar el alma mia  
de tus ojos prisionera,  
dexándome sepultado  
en piélagos de tristezas,  
por acabar con mi vida

veloz el desden te ausenta.  
Al golpe de este dolor  
no hay duda que la perdiera,  
si no me hubiera librado  
tu hermosa copia, que diestra  
pintó mi imaginacion  
en el lienzo de mi idea.  
De tu rigor murmuraron  
estas fuentes lisonjeras:  
las flores se marchitaron  
porque el zéfiro las dexa,  
por seguir enamorado  
el aura de tu belleza:  
los músicos ruseñores  
en lamentables endechas  
entonaron lastimados  
de mi muerte las exêquias;  
pero tú nunca quisiste  
atender á mis querellas  
dando en esto á conocer  
que eres parto de estas selvas,  
que eres fiera de sus montes,  
de sus obeliscos peña,  
y que en lo duro y rebelde  
les haces ventaja á ellas.  
De aquesta ausencia al dolor  
caí rendido en la arena,  
tan sin aliento, sin vida,  
que cuando Ormindo me encuentra  
entre los mucrtos villanos,  
por uno de ellos me cuenta,  
y en fuerza de la piedad,  
entre sus brazos me lleva  
á Creta, en donde:--

*Fler.* Detente,

Floristo, sin que refieras  
lo que despues se siguió;  
pues mirando que condenas  
retórico mis rigores,  
porque veas que no menguan,

ántes, sí, van en aumento  
 dexa que siga mi lengua  
 la historia que comenzaste,  
 para que menós me ofenda.  
 Á Creta volviste luego,  
 en donde informado apenas  
 de mí, y que de Dorindo,  
 un noble Mayoral, era  
 hija, intentas cauteloso,  
 que pastoril disfraz sea  
 quien te introduzca en mi casa,  
 quando en ella se celebra  
 con recíproca alegría  
 de mis natales la fiesta.  
 En un verde ameno prado,  
 donde la tropa diversa  
 de pastores, y de ninfas  
 concurrieron para hacerla,  
 llegaste á oportuno tiempo,  
 que para hacer experiencia  
 del valor de los pastores,  
 en amigable contienda  
 una fuerte lucha estaba  
 para el principio dispuesta.  
 En este instante aparece,  
 (sin que su dueño se sepa)  
 de varias y hermosas flores  
 una guirnalda compuesta,  
 y una voz, que así decía:  
 Sea esta corona bella  
 del mas valiente pastor  
 que á todos los demas venza,  
 para que despues ufano  
 pueda coronar con ella  
 á la pastora que adora,  
 á la zagala que quicra.  
 No así la dorada poma  
 que la deidad altanera  
 de la discordia ofreció  
 en la reñida contienda.

de Palas, de Juno y Venus,  
 sobre hermosa preferencia  
 la emulacion enardece,  
 como esta guirnalda bella;  
 pues luego que la miraron,  
 ocuparon la palestra,  
 Coranto y Arbelo, pastores  
 de la clara descendencia  
 de Neptuno, en quien es  
 el valor naturaleza;  
 y queriendo tú probar  
 en lo arduo de la empresa,  
 que amor es deidad tambien  
 brazo á brazo, fuerza á fuerza  
 á su opósito saliste,  
 y venturosa tu estrella  
 en tan desigual combate,  
 quiso coronar tu diestra,  
 con que las envidias todas  
 de la militar palestra  
 te declararon por dueño  
 de la florida presea,  
 que colocaste en mis sienes,  
 porque fuese contraseña  
 de que yo era el objeto  
 á que tus ansias anhelan:  
 por mas señas que dixiste  
 al coronarme con ella:  
 En el bosque, bella ingrata,  
 mi valor vencidos dexa  
 tus contrarios; y porque  
 ya tu gracia, ó tu belleza  
 triunfaron de mi alvedrio,  
 él la corona te entrega,  
 advirtiendote es mas victoria  
 el que tú las almas venzas,  
 que no que yo en favor tuyo  
 pise villanas cautelas.  
 A cuyas razones yo,  
 en quien es naturaleza

aborrecer igualmente  
al que me ame, ó me ofenda,  
enojada te mandé  
huyeses de mi presencia:  
yo me aparté de la tuya  
para no escuchar tus quejas.  
Sola á las selvas me entrego,  
en cuya horrible aspereza  
logré hurtarme á tus ojos;  
pero mi infeliz estrella,  
viéndome huir de un amor,  
me conduxo á una violencia,  
cayendo en las crueles manos  
de un vil Sátyro, que era  
habitador de sus grutas,  
compañero de sus fieras.  
Este, pues, bárbaro bruto,  
al mirarme, con presteza  
á mí se acerca, diciendo:  
Palida Zagala bella,  
ya que piadoso el Amor  
hoy en mis manos te entrega,  
razon será que aproveche  
la ocasion que me franquea.  
Colérica, é irritada  
de tan bárbara propuesta,  
disuadirle pretendí  
de su villana interpresa,  
quando él...

*Flor.* Flerida, detente,  
y no quieras que consienta,  
que lo que fué ofensa tuya,  
vuelva á pronunciar tu lengua;  
pues basta saber que entónces  
quiso felice mi estrella,  
que llegase á tan buen tiempo,  
que embistiendo con la fiera,  
(aunque á costa de una herida)  
te libré de nueva afrenta:  
que tú al mirar desatado

el rojo humor de mis venas,  
solo por matarme mas,  
de la muerte me reservas,  
aplicándome á la herida  
una blanca tersa tela,  
á quien de tu mano el tacto  
soberana virtud presta,  
para que el alma que iba  
á salir luego por ella,  
de este favor atraida,  
con mi vida se entrefenga.  
¿Quién creyera, Cielos, quién,  
que ésta al parecer fineza,  
en mayor rigor trocases?  
pues al ver que ya se alienta  
el corazón, pesarosa,  
ó arrepentida te muestras,  
y avaramente me quitas  
con la espada de tu ausencia  
la poca vida que cobro  
por lisonja tan pequeña.

*Fler.* Pues si tantos desengaños  
tienes de mis enterezas,  
¿para qué es tanta porfia?  
¿no miras, no consideras  
que el aborrecerte en mí  
es otra naturaleza?

*Flor.* Y en mí, tirana, el amarte  
es violencia de mi estrella.

*Fler.* Piedra seré á sus influxos.

*Flor.* Las piedras dominan ellas.

*Fler.* Que sea ménos rebeide  
tus pensamientos no crean.

*Flor.* Que sea ménos amante  
tus desdenes no pretendan.

*Fler.* Sabré esconderme á tu vista.

*Flor.* Sabrán buscarte mis penas.

*Fler.* La vida sabré quitarte,  
si porfias en mi ofensa.

*Flor.* No temo que me la quites,

solo pido me la vuelvas,

*Fler.* ¿Pues te la tengo yo acaso?

*Flor.* Respondan, Flerida bella,  
tus ojos. pues ellos fueron  
los que sin vida me dexan.

*Fler.* Para atajar tus razones,  
Floristo, con Dios te queda. *var.*

*Flor.* Guarda, tente, enemiga,  
mira que el alma me llevas.  
¿Que así, Cielos, se ausentase?  
¡Ó dura, y cruel estrella!

¿qué fiera, dime, te dió  
en estas espesas selvas  
lecciones de tiranía,  
que tan ingrata te muestras?  
Selvas, prados, montes, riscos,  
rios, flores, aves, peñas,  
hombres, fieras, troncos, peces,  
planetas, sol, luna, estrellas,  
sed testigos de que muero  
á la tirana inclemencia  
de un desden á quien no pudo  
vencer ninguna fineza;  
y pues soy tan desdichado  
que aun la muerte se me niega,  
acabe ya de una vez  
este acero con mis penas.

*Al irse á dar, habla Ormindo, y se  
detiene.*

*Orm.* Detente, señor, pues qué  
por una gran zalamera  
quieres quitarte la vida?  
Ahí es una vagatela.  
Escondido entre las ramas  
de esa enmarañada yedra  
he estado escuchando todas  
las preguntas, y respuestas  
que con Flerida has tenido;  
y al mirarla hecha una perra  
de rigor, me dió tal rabia

de ver qual se pabonea,  
mirando que tu la quieres,  
que quise coger dos piedras  
por si tenian virtud  
de ablandarla la mollera;  
pero perdona que diga  
que eres tu niño de teta  
para enamorar: si yo  
quien la enamorára fuera,  
la vieras en quatro dias  
mas blanda que una manteca.

*Flor.* ¿De qué modo, Ormindo?

*Orm.* Mira,  
señor, estas que se precian  
de lindas, son toditicas  
unas muy malas cabezas,  
que con esto de decir,  
basta que yo dama sea,  
esto, y mucho mas merezco  
porque soy linda, soy bella,  
á todos los hombres traen  
como machos de litera;  
y el servir á estas madamas  
es dar bellotas á puercas.  
No hay favor que ellas estimen,  
no hay fineza que agradezcan;  
por lo que para quitarlas,  
que tanto se desvanezcan  
no hay traza como fingir  
no se nos da nada de ellas.  
Hazlo así si verla quieres  
mas blanda que no las brevas.

*Flor.* Ay, Ormindo, ese remedio  
es muy vulgar, y no creas  
que se rinda su altivez,  
y que á esa traza se venza.

*Orm.* Si la juzgas tan altiva,  
las propiedades de aquestas  
ahora pretendo explicarte:  
las que de este pie cojean

son amigas comunmente  
de aquellas grandes empresas,  
que por arduas se imaginan  
imposibles á la idea:  
fingete, pues, imposible,  
te calzas luego con ella.

*Flor.* ¿Esto cómo podrá ser?

*Orm.* Escucha, de esta manera:  
Vuelvete á Creta tu patria,  
á lo público te niega,  
de modo que de tu muerte  
corran las noticias ciertas,  
y ayudando yo tambien  
á urdir las marimorenas,  
daré la vuelta á estos montes,  
buscaré á Flerida bella,  
y entre lágrimas, y mocos  
la daré las falsas nuevas:  
veré que efecto producen,  
y si fuese el que se espera,  
con mi aviso volverás;  
pues á la costa pequeña  
de un desmayo que la dé,  
al ver que un muerto la quiera,  
habiendo ya consentido,  
que por ser tu muerte cierta,  
es imposible logarte  
aunque ya vivo te vea,  
veras tú como apechuga,  
y entre burias, ó entre veras,  
darán todos sus desdenes,  
al traves en esta treta.

*Flor.* Tu consejo he de admitir,  
pues para quien desespera,  
no hay medio que por extraño  
no deba dar á su pena.  
Á Creta vamos, Ormindo,  
y piadoso el amor quiera  
triunfe de tanto desden  
esta última experiencia.

*Orm.* Vamos, Floristo, y no dudes  
del logro de esta cautela.



## JORNADA SEGUNDA.

*Sale Floristo, y Ormindo.*

*Orm.* ¿Es posible, señor mio,  
que quieras ser tan babieca,  
y que contra lo tratado,  
á estos montes des la vuelta,  
adonde, si por desgracia  
te vé Flerida, me pierdas  
todo el embuste trazado?  
Vuelvete, señor, á Creta,  
pues aunque de ella te guardes,  
como algun zagal te vea,  
y la dé el soplo, voló  
la pretendida experiencia.

*Flor.* ¡Ay Ormindo! yo no puedo  
apartarme de estas selvas  
(por mas que lo solicito:  
¿no ves que Flerida bella  
vive en su recinto ameno,  
y que ella es centro, y esfera  
donde habita el corazon,  
que es quien la vida sustenta?  
Si de su centro le saco,  
sabe que el morir es fuerza;  
porque yo no ví jamas,  
que ninguno permanezca  
por mucho tiempo apartado  
de lo que naturaleza  
por vivienda le señala;  
y porque claro lo veas,  
dígalo el pez que del agua  
surca la líquida esfera,  
que si de ella le arrebatan,  
la vida pierde en la arena:  
las plantas tambien lo digan,

que apartadas de la tierra,  
que es su centro, pierden luego  
el verdor que las alienta:

¿el ave que corre libre  
al viento que la recrea,  
si de él la apartan no muere  
á impulsos de su tristeza?

¿la Salamandra amorosa  
que en los ardores se hospeda,  
no fallece luego que  
la falta la llama bella?

Y así no te admire, Ormindo,  
que yo sin Flerida muera,  
imitando al pez sin agua,  
á las plantas sin la tierra,  
á las aves sin el viento,  
á la Salamandra ciega  
sin el fuego; pues si todas  
fallecen porque violentas  
las apartan del lugar  
para que fueron dispuestas,  
amor dispuso que yo  
sin Flerida no viviera,  
con que es forzoso morir,  
si me obligas á su ausencia,  
y vendrá á ser realidad  
el fingimiento que intentas.

*Orm.* No te fatigues, señor,  
en llenarme la cabeza  
de argumentos que no entiendo,  
y que no tienen mas fuerza  
que la que les da el antojo  
de los locos, y poetas,  
(que aunque son cosas distintas,  
vienen á ser una mesma.)

¿Qué tiene que ver que el pez  
fuera del agua se muera,  
para que no pueda un hombre  
pasarse sin una hembra,  
que en todo el dia le esté

devanando la cabeza?

¿Qué tiene que ver que el árbol  
se seque si no le riegan,  
para que un hombre tambien  
eche ménos un vieja,  
que en lugar de darle vida,  
abstrae la vital materia?

¿que el ave muera sin ayre,  
en este intento qué prueba?  
quando sabemos que sobra  
para que un galan se muera  
el muchísimo que tiene  
qualquier dama en la cabeza:  
y que para sustentar  
la vanidad que alimenta,  
no le bastará la plata  
que se trae de la América;  
y finalmente, ¿qué importa  
que la Salamandra necia  
quiera vivir en el fuego  
para que tampoco puedas  
vivir sin que te chamusques?  
¿no ves que todo es friolera,  
con que los enamorados  
quieren paliar sus tonteras?

*Flor.* De tu discurso se infiere  
que eres simple, quando niegas  
de los imperios de amor  
la inevitable violencia.

*Orm.* Señor, en pocas palabras  
para escusarnos de arengas,  
ó vete de aquestos montes  
para principiar mi treta,  
ó yo te dexaré solo,  
aunque vuelvas á la tema,  
de acabe ya de una vez  
este acero con mis penas.

*Flor.* ¿De mi dolor haces burla?

*Orm.* Yo nunca pretendo hacerla;  
pero si curar no quieres



de esta amorosa dolencia  
con el medio que te he dado,  
que yo te abandone es fuerza  
como á loco, que no quiere  
sujetarse á la experiencia  
de los remedios de amor,  
que en las cátedras traviesas  
de la picardía, ofrece  
la práctica picaresca.

*Flor.* Ormindo, déxame ya,  
que pretendo hacer la prueba  
de si un loco cura á otro.  
Ya me ausento, tuya queda  
la palestra: ayude amor  
tu sutil extratagema,  
para que el desden de Flerida  
con aqueste ardid se venza. *var.*

*Orm.* Vete con dos mil demonios,  
que ya no tengo paciencia  
para escuchar de tu amor  
tan sofisticas ternezas.  
¿Qué sean tan majaderos  
los hombres, que así se mueran  
solo porque una muger,  
para preciarse de tiesa,  
finge no hacer caso de ellos,  
y tal vez se estará ella  
rabiando por matrimonio?  
mal fuego en quien las creyera.  
Como los médicos son,  
que al soltarles la peseta,  
retiran la mano, como  
si tomarla no quisieran,  
pero volviéndola atras,  
vemos la cogen á ciegas;  
pero pues marchó mi amo,  
primero que otra vez vuelva,  
en esta selva florida,  
en donde Flerida bella  
acostumbra recrearse,

dará principio la treta,  
de que crea con mi astucia,  
que á la dulce pataleta  
de amor murió: veré como  
esta noticia le sienta,  
y qué efecto hace la purga,  
quando mire, quando vea,  
que ya aunque quiera amarle,  
es imposible la empresa.  
¿Pero qué veo, cuidados!  
¿no es ella la que se acerca  
ácia aquí? ocultarme quiero,  
y saldré quando convenga  
á plantificar mi embuste  
con muchos ayes y queexas. *ret.*

*Sale Flerida.*

*Fler.* Sin sosiego noche y día  
vacila mi pensamiento:  
no tengo el gusto, el contento  
que otras veces poseía:  
de cruel melancolía  
siento toda el alma llena,  
y aunque me sobra la pena  
que así me obliga á vivir,  
la causa no sé decir,  
que así á morir me condena.  
Echo menos no sé qué,  
que toda el alma me altera,  
y en esta confusion fiera,  
aunque busco, menos sé.  
A acertar no alcanzaré  
la causa de este dolor:  
¿si acaso nace de amor?  
pero no, que ser no puede  
que el pecho al amor hospede,  
siendo centro del rigor.  
Floristo tanto me amó,  
que al desden que miró en mí,  
casi fallecer le vi.  
Fiera cruel me juzgó,

y siempre rebelde yo  
me he mostrado á sus desvelos:  
¿qué fuera, divinos cielos,  
que la ausencia suya fuera  
la que en mi pecho moviera  
tanto tropel de recelos?

¿Qué habra sido de Floristo?  
si acaso nuevo cuidado  
de esta selva le ha ausentado?  
(¡mal mis pesares resisto!)

pero Flerida, bien visto,  
esto ¿qué puede importarte?  
¿no pueden venganza darte  
tantos como él despreciados?  
¿no te enfadan sus cuidados?  
¿por qué de él has de acordarte?

Quando atenta considero  
nuestra altiva condicion,  
sospecho con gran razon,  
que este es el mal de que muero.

De lo natural el fuero  
nosotras atropellamos:  
si nos quieren, despreciamos;  
si nos olvidan, queremos;  
y en desiguales extremos,  
á quien nos huye buscamos.

*Orm.* El soliloquio me gusta:  
esta es la ocasion mas buena,  
que yo podia buscar;  
pues si solo con la ausencia  
ha madurado la fruta,  
presumo con evidencia,  
que creyéndole perdido,  
ella misma se eche á tierra.  
Salgo, pues, del escondite,  
y doy principio á mi arenga.  
¿Para quando son los rayos,  
Jove, que en los cielos reynas,  
si para una infeliz vida  
no los franquea tu diestra?

¡Ay de mí!

*Fler.* ¿Qué esto, Ormindo,  
qué ocasion hay, que te mueva  
á tan violento dolor?

*Orm.* La mas infeliz tragedia  
que en los anales de amor  
las historias representan.  
Floristo (noble pastora)  
dueño mio, á quien celebra  
la Fama entre los varones  
de las mas heroycas prendas,  
de tu desden á la injuria  
(no sé, cielos, cómo pueda,  
sin que me mate el dolor,  
sin que me ahogue la pena,  
referirlo!) muerto yace:  
dexa, pues, zagala, dexa,  
que de tal desdicha pida  
á esas celestes esferas  
la venganza: quiera amor  
pues la causa fuiste....

*Fler.* Espera,  
detente, Ormindo, (¡ay de mí!)  
y dime si hablas de veras.

*Orm.* Plugiera al cielo, tirana,  
que hoy te mintiera mi lengua.  
No va muy mal hasta aquí, *ap.*  
yo apostaré que se cuelga.

*Fler.* ¿Qué es esto, divinos cielos?  
dentro del pecho se quiebra  
el corazon al oír  
de Floristo la tragedia.  
¿Yo he podido ser la causa  
de desgracia tan funesta?  
Yo (¡ahogueme el dolor!)  
fui semejante á las fieras,  
y un peor, si considero  
que ellas halagan atentas  
á quien las estima, quando  
yo sola mando que muera.

Déxame tú, Ormindo, vete.

*Orm.* Te obedezco con presteza,  
para poder libremente  
llorar á solas mis penas.

No es sino para marchar  
á dar á mi señor cuenta  
del buen efecto que ha hecho  
la purga, para que venga.

*Fler.* Ya que á solas he quedado,  
salgan sin que se defengan  
unos á otros mis tormentos.  
Yo, cruel, bárbara y fiera,  
he vivido despreciando  
las amorosas finezas  
de Floristo, de tal modo,  
que hoy mis rigores le cuestan  
la vida: miéntras vivía  
le desprecié siempre necia,  
porque al verle tan rendido,  
juzgaba poco discreta,  
que siempre estaba en mi mano  
la victoria, la grandeza  
de triunfar de su alvedrío  
con los imperios de bella;  
pero viendo que me falta  
con su muerte la fineza  
con que me vi idolatrada,  
todo el corazón se altera,  
y el que ántes era desden  
la pena en amor le trueca.  
Bien te has vengado, Cupido,  
haciendo para mas guerra,  
que idolatre en un cadaver  
la que despreció tus flechas;  
pero mayores venganzas  
pienso tomar de mí mesma;  
y pues de aquí en adelante  
es fuerza que me aborrezcan  
todos, al mirar que hé sido  
la causa de esta tragedia,

despeñada de este monte,  
será mi tumba su arena.

*Salen Floristo y Ormindo.*

*Flor.* Detente, Flerida hermosa.

*Orm.* Que se precipite dexa.

*Fler.* ¿Qué es esto? ¡ay de mí infelice!  
¿Sombra pálida, qué intentas?  
si es que vienes á vengarte  
de tus pasadas ofensas,  
advierte, mira, repara,  
que...

*Flor.* Espera, mi bien, espera,  
recóbrate, imaginando  
que ha sido mi muerte incierta  
que por vencer tu desden  
solamente hice esta prueba;  
y pues tan bien ha salido,  
no quieras, Flerida bella,  
que durando tus desdenes,  
venga á ser mi muerte cierta.  
Oculto he estado escuchando  
que ya piadosa te muestras:  
no vuelvas á ser tirana,  
pues ves que tanto me cuestas.

*Fler.* Hoy en mí se ha visto claro  
lo mucho que nos violenta  
la aprension, pues no pudiendo  
vencerme tantas finezas  
de que deudora te soy,  
no siendo la menor de ellas  
librar dos veces mi honor  
de quien ultrajarle intenta,  
solo la imaginacion  
de faltarme quien me quiera  
con la fineza que tú,  
ha vencido mi entereza  
de tal modo, que en albricias  
de tu vida, ya te entrega  
(la que mas te ha aborrecido)  
la mano, alegre y contenta.

*Flor.* Con el alma la recibo.

*Fler.* Dulce fin á tanta pena.

*Orm.* Mira, Señor si ha importado  
valerte de mis cautelas.

*Flor.* Mucho te he debido, Ormindo,  
así mi voz lo confiesa.

*Orm.* Solo: con que lo conozcas  
sobradamente me premias;  
y pues ya los dos ufanos  
concluísteis las quimeras  
de tan largo galanteo,  
y que el empezar es fuerza  
á reñir eternamente  
en la matrimonial guerra,  
á celebrar esta boda  
vámonos luego al aldea.

*Fler.* Vamos, y sea diciendo,  
que el amor triunfe y vengza.

*Flor.* Hierro seré que atraído  
de la suave violencia  
del iman de tu hermosura,  
iré siguiendo tus huellas.

*Fler.* Seré aquella flor amante  
de ese luciente planeta,  
que seguiré cuidadosa,  
y enamorada tus sendas.

*Flor.* Conmigo ven, dueño mio.

*Fler.* Harélo alegre y contenta. *vas.*

*Orm.* La que no queria amar,  
mal fuego en quien las creyera:  
asi son todas, señores,  
cuidado con conocerlas. *vas.*



### JORNADA TERCERA.

*Fler.* ¿Habrá pena que se iguale,  
cielos, con la pena mia?

Yo que siempre he despreciado  
del amor las tiranías  
con que esclaviza las almas,

que á él se entregan rendidas:

yo que siempre he blasonado  
de cruel, de fiera, de esquivá,  
y he sido firme muralla,

opuesta á la batería  
de finezas que á mi pecho  
dirigieron las porfias.

de muchos, que enamorados,  
mis desdenes pretendian:  
yo, en fin, aquella que siempre  
gozé la libertad mia,

sin rendirla á las cadenas  
que el ciego niño fabrica,  
y que solo la perdí

porque creí compasiva  
que Floristo por mi amor

habia perdido la vida:

hoy me encuentro abandonada,  
sin saber en qué consista

que tan presto se cansase  
de haberme encontrado fina;

pues apenas hymeneo,  
con aclamacion festiva

de mi padre, y los pastores  
que en aqueste valle habitan,

(para la envidia de muchos)

manifestó nuestras dichas,

quando desagradecido,

con correspondencia indigna,

Floristo dexa mi casa,

y á Creta otra vez camina,

y por mas pena, me dexa

sin honor y con la vida.

En esto solo han parado

las ternezas esquisitas,

con que solia expresar

lo mucho que me queria.

Ó mal haya, amen, mil veces

qualquier muger que benigna

da crédito á los traidores

amantes, que con mentidas  
 adoraciones intentan  
 solamente ver rendida  
 á la dama á su alvedrío,  
 y despues con tiranía  
 burlarse de que creyese  
 el amor que significan;  
 que tan solo se dirige  
 á su conyeniencia misma,  
 pues conseguido su antojo,  
 luego al punto se retiran.  
 ¡Ó traidor Floristo, aleve!  
 bien el pecho me decia  
 no creyese á tus finezas,  
 que burlase tus porfias.  
 ¿Eres tú quién blasonaba  
 de nobleza, y sangre limpia?  
 ¿Eres tú aquel que se precia  
 de caballero? (¡qué ira!)  
 Bien lo has mostrado, tirano,  
 empleando tu bazarria  
 solamente en engañar  
 una pastora sencilla;  
 que en fe de su candidez,  
 no pensaba, ni creía  
 pudiesen caber en tí  
 tan viles alevosías.  
 ¿Esto se estila en las cortes?  
 ¿Esto en Creta se practica?  
 y luego querran decirnos,  
 que los que en el campo habitan  
 no saben vivir; aunque  
 si con reflexion se mira,  
 bien dicen, pues no sabemos,  
 no, vivir con sus malicias.  
 Sin duda que este traydor  
 otros amores tendria  
 en Creta de alguna dama,  
 y por eso se retira  
 de mí. Sospecha cruel,

rente, pues me martiriza  
 mas la presuncion de celos,  
 que no verme aborrecida.  
 ¿Pero que sirve (¡ay de mí!)  
 que fatigue discursiva  
 estos montes con mis quejas,  
 estos valles con mis iras,  
 si en procurar la venganza  
 de este aleve soy omisa?  
 y pues lo mas he perdido  
 que es el honor, quiero aliva  
 aventurar en su busca  
 lo de menos, que es la vida.  
 Á Creta pienso marchar  
 disfrazada, donde aliva,  
 en recobro de mi honor,  
 dé escarmiento á la osadía  
 de un tirano, que ha podido  
 ocasionar tal ruina:  
 no se ha de decir que Florida  
 se llegó á ver ofendida,  
 y que no supo vengarse  
 en quién su ofensa motiva.  
 Osa seré, que acosada  
 del cazador que la quita  
 los pequeños cachorrillos,  
 vuelve contra él vengativa  
 los cuchillos de sus garras  
 hasta que cobra sus crias;  
 ó en la demanda valiente  
 pierde con gusto la vida.  
 Leona seré, que ayrada  
 contra el que astuto la lidia,  
 con las uñas, y los dientes  
 escarmienta su osadía:  
 Rayo seré desatado  
 de esa esfera cristalina  
 contra el capitel soberbio,  
 que por alto presumia  
 estar exento, y seguro.

de las celestiales iras.  
 ¿Pero para qué es buscar  
 semejanzas peregrinas,  
 si no hay fieras, si no hay rayos,  
 que á una muger ofendida  
 puedan compararse, quando  
 la venganza determina?

*Al paso sale Ormindo.*

*Oam.* ¿Á dónde, Florida bella  
 sobresaltada, y perdida  
 la color, con ceño ayrado  
 veloz la planta encaminas?  
 ¿Acabada de casar,  
 de tu casa te retiras?  
 ¿Siendo novia así madrugas?  
 Esto me da mala espina.  
 ¿Qué tienes, á donde dexas  
 á Floristo? ¿ha habido riña?  
 ¿hubo camorra con él  
 sobre varias baratijas,  
 que son entre los casados  
 pan nuestro de cada dia?  
 ¿qué es esto, vuelvo á decir,  
 dónde, señora, caminas?

*Fler.* Infame, traidor, villano,  
 que con ficciones impías  
 en mi ofensa cooperaste,  
 para que pagase fina  
 el falso amor de Floristo,  
 á mis manos morirías,  
 á no reparar, que fuera  
 pequeño objeto á mi ira  
 el empezar mi venganza  
 en tu aleve sangre indigna.

*Orm.* El reparo te agradezco,  
 pues no quisiera en mi vida  
 ser noble si me costaba  
 tanto precio la hidalguía.  
 Pero quisiera saber,  
 si es que acaso no te irritas,

¿qué motivos hoy te tienen  
 tan airada, y ofendida?  
 ¿No acabas de dar la mano,  
 ufana, y con alegría,  
 á Floristo; que te adora  
 con la pasión mas rendida?  
 ¿no ha sido con gusto tuyo?  
 ¿Pues qué ocasión hoy te incita  
 á tan rara novedad,  
 de que desprecies con iras  
 lo que acabas de admitir  
 alegre, contenta, y fina?  
 ¿Dónde está Floristo? dime:  
 mira que si arrepentida  
 acaso de la elección  
 que has hecho, cruel te retiras  
 de su amor, de su cariño,  
 procedes poco advertida;  
 porque Floristo merece,  
 que le trates compasiva,  
 por su amor, por su nobleza,  
 por galan, como acredita  
 la universal opinion,  
 que con las damas tenia,  
 que en aquesto vuestro voto  
 ha sido siempre quien priva;  
 y aunque este tambien faltara  
 sobrar el mio debia;  
 pues quando siendo criado  
 le alabo, contra la antigua  
 costumbre de los que sirven,  
 de manifesto se mira  
 que mi señor es muy bueno,  
 quando su criado lo grita.

*Fler.* ¡No sé cómo al escucharte  
 puedo reprimir mis iras!  
 pues no contento, villano,  
 con ocultar la noticia  
 que de Floristo, y su ausencia  
 tendrás, osas á mi vista

ponderar sus procederes,  
sus hechos, sus bizarrías,  
teniendo yo acreditado  
que ambos á dos con mentiras  
solamente procurais  
disfrazar vuestra malicia.

*Orm.* Ignoro lo que me dices,  
y te juro por mi vida  
que de Floristo no se,  
que yo á buscarle venia,  
volviendo de Creta, á donde  
él mandó que me dirija  
á dar cuenta á sus amigos  
de haber logrado la dicha  
de que le favorecieses  
con tu mano peregrina;  
y me dexa tan helado  
la novedad que publicas  
de que te dexó, y se fué,  
que yo no puedo engullirla.  
Tengo por cierto, Señora,  
que Floristo no se alista  
con ciertos caballeros,  
que olvidando su hidalguía,  
hacen gala del axar  
las flores mas exquisitas,  
dexándolas arrojadas  
despues de verlas marchitas.  
Mi señor no es de esta clase;  
y así ten por cosa fixa,  
que si se fué tendrá causa  
inescusable y precisa,  
sin culpa tuya, ni suya,  
y sobre aquesto pondría  
la cabeza por apuesta,  
aunque no vale una guinda;  
y así, Flerida, te ruego,  
que hecha cargo; y entendida  
de que yo no tengo alguna  
culpa de las que me aplicas,

me digas como esto ha sido,  
dándome entera noticia.

*Fler.* ¡Qué así provoques mi enojo,  
amontonando mentiras!

Por el gran Jove te juro,  
que si no huyes de mi vista,  
te vuelva menudos átomos  
el corage que me irrita.

*Orm.* Plegue á Baco que si sé  
algo de esta chamusquina,  
nunca encuentre con el zumo  
que nos tributan sus viñas.  
Quiera Apolo que si yo  
tuviese parte en tus cuitas,  
que faltándome sus luces,  
me rompa contra una esquina:  
que siempre trate con necios,  
que es la cosa mas maldita  
que á uno sucederle puede;  
y al fin, que sea mi dicha  
tan corta, que si sirviese,  
sea á un tonto, que es la línea  
última de quantas plagas  
pueden quitarnos la vida.  
Descansa conmigo, Flerida,  
en la inteligencia fixa,  
que he de estar de parte tuya,  
aunque con mi amo riña;  
y sabe que no hago nada  
en esto, siendo precisa  
obligacion de un criado,  
que en qualquiera questiónçilla  
contra su señor seponga,  
uniéndose al que le tira.

*Fler.* ¿Qué me quieras persuadir,  
que no sabes mis desdichas?

*Orm.* Acábame de creer  
que no te trató mentira:  
haz la experiencia que quieras,  
y si te hallas ofendida

de mí, soy contento  
me descosas la barriga.

*Fler.* Pues en fe de esa palabra,  
y que ayudarme te obligas  
contra el aleve Floristo,  
sabe, (el juicio me quita  
la rabia al ir decirlo)  
que despues que yo propicia  
á su amor, le dí la mano  
de esposa, y con ella (qué ira)  
la... pero no quieras, no,  
que claro mi voz lo diga;  
pues hay cosas de tal clase,  
que luego estan entendidas  
tan solo con insinuarlas,  
quanto ni mas con decirlas.  
Apenas, pues, que de esposa  
le dí la mano, creida  
de que era cierto el amor  
con que celebró esta dicha,  
en cuya fe descuidada,  
y fiada en sus caricias,  
al blando sueño me rindo;  
dexó el lecho, y se retira  
con tanto tiento, que yo  
no pude oír advertida  
sus pasos: desperté luego,  
y reparé, (accion indigna)  
que de mi lado faltaba:  
(el furor me precipita.)  
Asustada me levanto,  
su busca encargo á la vista,  
y no encontrándole, salgo  
loca, ciega y ofendida  
á esas campañas, á donde  
una zagala, á quien fia  
mi voz aqieste suceso,  
me dixo que el traidor iba  
ácia Creta acompañado  
de otro que por él venia,

yo mirándome burlada,  
quiero cruel, vengativa  
marchar á Creta tras él,  
adonde, si se confirman  
mis celos y mis enojos,  
pague el traidor con la vida;  
y pues tú quieres seguirme  
ácia la ciudad camina.

*Orm.* Espantado me has dexado  
con tan extraña noticia;  
y aunque tan grave maldad  
yo la dade todavía,  
contigo me voy contento,  
pues siendo tú quien me guía  
aunque me pierda, será  
envidiada mi desdicha. *vans.*

*Sale Floristo.*

*Flor.* Si se pudieran hacer  
las cosas dos veces, creo,  
sin mucha dificultad,  
fueran muy pocos los yerros.  
Apenas logré dichoso,  
que Flerida, hermoso objeto  
de amor, con su blanca mano  
diese colmo á mis deseos,  
dicha tanta que á Cupido  
pudiera causar desvelo,  
quando para perturbarla  
dispuso mi hado siniestro,  
que llegase esta noticia  
á Creta, donde mis deudos  
ofendidos de que hubiese  
dispuesto mi casamiento  
con una humilde pastora,  
como si fuera defecto  
la humildad de la nobleza,  
al senado cuenta dieron  
de que sin permiso suyo  
rendí mi cuello á himeneo;  
y siendo aqiesto en los nobles



delito á la ley opuesto,  
 en que á los tales se manda,  
 que sin dar cuenta al gobierno,  
 nadie de tomar esposa  
 tenga el leve atrevimiento:  
 por castigar mi delito,  
 dispuso el Príncipe nuestro,  
 que como preso de estado  
 me presentase al momento.  
 Llegó con esta noticia  
 á la casa de mi dueño  
 un fiel amigo, que quiso  
 participármela presto,  
 porque con pronta obediencia,  
 cumpliendo el duro precepto,  
 desarmase el justo enojo  
 en que yo le habia puesto;  
 porque el rendirse sumiso,  
 siempre ha sido el mejor medio  
 para desarmar las iras,  
 que abrigan los reales pechos.  
 Por no asustar á mi bien,  
 ésta queixa dí al silencio,  
 y saliendo recatado  
 del aseado aposento,  
 que por ocuparle Flerida,  
 pudiera llamarse cielo,  
 sin ser sentido, partí  
 á Creta, llegué ligero;  
 ¿pero qué mucho que fuese  
 con presteza, quando dexo  
 en Flerida el corazon,  
 que sin ella ánima lento?  
 Al Príncipe le fuí á ver  
 con humildes rendimientos,  
 esperando se apiadase  
 de aqueste amoroso exceso;  
 pero fué tal mi desgracia,  
 y le encontré tan severo,  
 que en la torre de Palacio

ordenó quedase preso,  
 impidiéndome el volver  
 á la aldea, en donde dexo  
 á mi Flerida querida,  
 que habiéndome echado menos  
 y no habiéndola avisado  
 de aquesta ausencia, creyendo,  
 que yo podria volver  
 ántes que llegue á saberlo,  
 creerá sin duda, que yo,  
 cauteloso, la desprecio,  
 atribuyendo á vil fuga  
 este casual suceso;  
 pues aunque logré despues,  
 á fuerza de muchos ruegos,  
 la libertad deseada,  
 y con ella á buscar vuelvo  
 al dueño de mis potencias,  
 ya no discurro remedio  
 para quitarla el pesar,  
 que habrá causado á su pecho  
 este acaso, y así procuro  
 volverme con brevedad. ¿Pero  
 no es Ormindo aquel que miro?  
 ¿sí traerá algo de nuevo?

*Sale Ormindo.*

*Orm.* Con Flerida, que ha venido  
 á esta Corte hecha un veneno,  
 buscando á Floristo, á causa  
 de que pague por entero  
 un no sé qué, que ella dice  
 le ha quitado, y yo no entiendo,  
 tambien he venido yo;  
 y aunque andamos y volvemos  
 las calles, y callejuelas  
 en busca de este mancebo,  
 encontrarle no podemos.  
 ¿Si será bueno, señores,  
 encargarlo al Pregonero? (das?)

*Flor.* Ormindo, hombre, en que an-

*Orm.* Gracias á Dios que te veo.

*Flor.* Pues qué me andabas buscando?

*Orm.* Sí te busco, aunque es yerro  
el andar en busca tuya,  
y mas teniendo por cierto,  
que en lugar de tres vecinos  
no te pierdas; y mas siendo  
los vecinos como Flerida,  
que en este caso, yo creo,  
que despues que los ganarás,  
los perdidos fueran ellos.

*Flor.* Hombre, disparates dexa:  
¿dime al instante, al momento,  
si viste á Flerida hermosa,  
dueño de mis pensamientos?

*Orm.* Si, Floristo, ya la ví,  
y tengo por caso cierto,  
por lo que has hecho con ella,  
que quieres, en vez de dueño,  
hacerla dueña: no es malo  
el di. nulo: yo pienso,  
señor, que de mí te burlas  
tambien; ¿en qué duro pecho  
cabe, despues de buscar  
por montes, valles, y cerros  
á aquesa Zagala bella,  
y con fiestas, y requiebros  
hacerla dar en el lazo  
usado del casamiento,  
y despues abandonarla  
en estado bien diverso  
del que la pobre tenia,  
venirte á Creta sereno,  
sin que la digas siquiera,  
espérame, que ya vuelvo,  
preguntarme á mí por ella?  
¿no te parece, que es bueno?

*Flor.* Atrevido, mal nacido,  
bárbaro, villano y necio,  
que presumes, que en mí puede

caber un hecho tan feo,  
vive el Cielo, que á no ver,  
que fuera manchar mi acero,  
te matára, para dar  
castigo á tu atrevimiento.

*Orm.* Señor, sin razon te enojas,  
pues quanto yo te refiero  
á mi Flerida me dixo:  
en su compañía vengo  
para decirte, que ayrada  
te busca, con el intento  
de matarte, porque dice,  
que como ladron casero  
robaste no sé qué joya,  
y despues te fuiste huyendo.

*Flor.* No sospechaba yo en vano:  
llévame bolando, presto,  
dónde la dexas, Ormindo,  
para poder con mis ruegos  
satisfacer los enojos,  
que han motivado mis yerros,  
pues hasta verla aplacada  
no tendré el menor sosiego.

*Orm.* No te canses en su busca,  
pues ya desde aquí la veo,  
que habiéndote visto, viene  
empuñando el duro acero.

*Flor.* Al encuentro la salgamos.

*Orm.* Sí, señor, pero con tiento,  
no sea que á las primeras  
nos desparrame los sesos.

*Sale Flerida de hombre, con espada.*

*Fler.* Villano, vil, fementido,  
aleve, y mal caballero,  
que con el nombre de esposo  
lograste mi vituperio,  
para dexarme despues  
hecha la risa del pueblo,  
ya que piadosos los Dioses  
á mis manos te traxeron,

viven ellos, que á mis iras  
morirás: saca el acero,  
que sea muger no mires,  
defiéndete de mi esfuerzo,  
ó por los Cielos te juto,  
si es que no quieres hacerlo  
por esta causa, que yo  
he de atravesarte el pecho.

*Flor.* Flerida hermosa, mi bien,  
ídolo que reverencio  
con el alma y con la vida,  
óyeme por Dios primero,  
y si hallas en mí mas culpa,  
que el pequeño desacierto  
de haberme á Creta venido  
sin avisarte, creyendo  
poder volver á tus brazos  
ántes que me echaras ménos,  
dame mil muerte, señora,  
pase tu acero mi pecho,  
que no lo sentiré tanto  
como ver tu enojo fiero.

*Fler.* Aunque presumo, que astuto  
quieres con engaño nuevo  
hacer segunda traicion,  
que me refieras espero  
el motivo que has tenido  
para irte de mí huyendo;  
pero mira que procures  
esforzar el fingimiento,  
porque á no satisfacerme,  
á tu vida no hay remedio.  
Prosigue.

*Flor.* Flerida, atiende:  
No ignoras, hermoso dueño,  
que los que nobles nacimos,  
la precisa ley tenemos  
para no tomar estado,  
sin que preceda primero  
del Príncipe, que nos manda,

el justo consentimiento.

Yo, que abrasado amante  
de esos hermosos luceros,  
por años llegué á contar  
los instantes que te pierdo,  
esta ley atropellé,  
uniendo en dulce hymeneo  
mi pecho al tuyo: llegó  
á Creta aqueste suceso,  
lo supo el Príncipe, ayrado  
mandó me traxeran preso:  
un amigo me llevó  
esta noticia, y sintiendo  
darte tan grande pesar,  
corro veloz, y me ausento,  
con la esperanza de que  
al Príncipe obedeciendo  
prontamente, sus enojos  
cesarian, (esto es cierto)  
y que podría volver  
sin darte este sentimiento.

No fué así, me detuvo  
cerrado en la torre, y preso;  
y aunque vencido despues  
de mis lágrimas y ruegos,  
me concedió libertad,  
hecho una vez el yerro,  
que ha motivado tu pena,  
creo, que el mejor remedio  
es, que veas, que rendido  
á tus pies, lo manifesto.

*Orm.* ¿No lo dixé yo, señora,  
que algo seria ello?

*Fler.* No sé, Floristo, si crea  
eso que dices, y temo,  
que por huir de mi enojo  
lo finges: será mas cierto  
(no lo dudes, no, Floristo,)  
lo que yo acá comprendo,  
que alguna dama de Creta

habrá sido quien te ha preso,  
y al Príncipe echas la culpa:  
mira si el enredo entiendo.

*Flor.* Si en lo que te he referido  
hay el dolo mas pequeño,  
Júpiter quiera, que un rayo  
dé á mi vida fin funesto:  
quiera el Cielo...

*Fler.* Calla, tente,  
que yo escucharte no quiero  
plegarias contra tu vida,  
siquiera porque deseo  
averiguar la verdad.

*Orm.* Un almivar se va haciendo.

*Flor.* ¿Estás ya desenojada?

*Fler.* Si no lo estoy, estarélo.

*Flor.* No lo creeré, si tus brazos  
no me lo acreditan tiernos.

*Fler.* Solo á dárte los me mueve  
el haber estado preso  
por mi causa, y para que  
no digas, que esto te debo.

*Flor.* En ellos, Flerida bella,  
de nuevo prendes mi pecho.

*Orm.* ¿Ven ustes en qué ha parado  
tantas bravatas, y fieros?  
y pues en la otra jornada  
os casasteis, ya no encuentro,  
que falte mas que volver  
á nuestras casas, pidiendo  
primero á quien nos escucha  
el perdon de nuestros yerros.

*Todos.* Todos lo haremos alegres,  
rogando, que con los nuestros  
perdonen los del poeta,  
que os ofrece este suceso.

*Se hallará en la Librería de la Viuda de Quiroga, calle de las Carre-  
tas número 9, con cuantas Conedias antiguas y modernas, Tragedias,  
Autos sacramentales, Saynetes y Unipersonales se han impreso hasta esta  
época.*